

Marxismo y Revisionismo

Segunda Parte*

POR V. I. LENIN

El revisionismo salió aún peor parado en cuanto a la teoría de las crisis y a la teoría de la bancarrota. Sólo durante un tiempo muy breve, y únicamente gentes muy miopes podían pensar en modificar las bases de la doctrina de Marx bajo el influjo de unos cuantos años de auge y prosperidad industrial. Muy pronto, la realidad se encargó de demostrar a los revisionistas que las crisis no habían fenecido: tras la prosperidad, vino la crisis. Cambiaron las formas, la sucesión, el cuadro de las distintas crisis, pero éstas seguían siendo parte integrante, inevitable, del régimen capitalista. Los cárteles y los trusts, unificando la producción, reforzaron al mismo tiempo, a la vista de todos, la anarquía de la producción, la inseguridad económica del proletariado y la opresión del capital, agudizando de este modo, en un grado nunca visto, las contradicciones de clase. Que el capitalismo marcha hacia la bancarrota -tanto en el sentido de las crisis políticas y económicas aisladas, como en el sentido del completo hundimiento de todo el régimen capitalista- lo han venido a demostrar, de un modo bien palpable y en proporciones particularmente extensas, los modernos y gigantescos trusts. La reciente crisis financiera en Norteamérica, la espantosa agudización del paro en toda Europa, sin hablar de la próxima crisis industrial, de la que apuntan no pocos síntomas, todo ello ha hecho que las recientes "teorías" de los revisionistas hayan sido olvidadas por todos, incluso, al parecer, por muchos de ellos mismos. Lo que no se debe olvidar son las enseñanzas que esta inestabilidad de los intelectuales dio a la clase obrera.

En cuanto a la teoría del valor, sólo es necesario decir que, aparte de alusiones y suspiros muy vagos, a la manera de Böhm-Bawerk, los revisionistas no aportaron aquí absolutamente nada ni dejaron, por tanto, ninguna huella en el desarrollo del pensamiento científico.

En el campo de la política, el revisionismo intentó revisar lo que realmente constituye la base del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de clases. La libertad política, la democracia, el sufragio universal destruyen la base para la lucha de clases -nos decían los revisionistas- y dan un mentís a la vieja tesis del *Manifiesto Comunista* de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia impera "la voluntad de la mayoría", no debemos ver en el Estado, según ellos, el órgano de la dominación de clase, ni negarnos a hacer alianzas con la burguesía progresista, socialreformista, contra los reaccionarios.

Es indiscutible que estas objeciones de los revisionistas se reducían a un sistema bastante armónico de concepciones, a

saber: a las harto conocidas concepciones liberalburguesas. Los liberales han dicho siempre que el parlamentarismo burgués suprime las clases y las diferencias de clase, ya que todos los ciudadanos sin excepción tienen derecho al voto y a intervenir en los asuntos de Estado. Toda la historia de Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, y toda la historia de la revolución rusa, a comienzos del siglo XX, enseñan palpablemente cuán absurdos son tales conceptos. Con las libertades del capitalismo "democrático", las diferencias económicas, lejos de atenuarse se acentúan y agudizan. El parlamentarismo no elimina, sino que pone al desnudo la esencia de las repúblicas burguesas más democráticas como órganos de opresión de clase. Ayudando a ilustrar y a organizar a masas de población incomparablemente más extensas que las que antes participaban de un modo activo en los acontecimientos políticos, el parlamentarismo prepara así no la supresión de las crisis y de las revoluciones políticas, sino la mayor agudización de la guerra civil durante estas revoluciones. Los acontecimientos de París, en la primavera de 1871, y los de Rusia, en el invierno de 1905, pusieron de manifiesto, con excepcional claridad cuán inevitablemente se produce esta agudización. La burguesía francesa, para aplastar el movimiento proletario, no vaciló ni un segundo en pactar con el enemigo de toda la nación, con las tropas extranjeras que habían arruinado a su patria. Quien no comprenda la inevitable dialéctica interna del parlamentarismo y de la democracia burguesa, que conduce a solucionar la disputa por la violencia masiva de un modo todavía más tajante que en tiempos anteriores, jamás sabrá desarrollar, sobre la base de este parlamentarismo, una propaganda y una agitación consecuentes desde el punto de vista de los principios que preparen verdaderamente a las masas obreras para la participación victoriosa en tales "disputas". La experiencia de las



* Con esta entrega culmina el artículo de Lenin contra el revisionismo, que a su vez es el comienzo de una serie de polémicas clásicas contra el oportunismo de derecha, con el fin de que nuestros lectores, especialmente los compañeros obreros, comprendan que el oportunismo en el movimiento obrero mundial ha adoptado diversas formas, pero su esencia ha sido la misma: defender los intereses de la burguesía y traicionar la causa de los proletarios. Por ello, la lucha de los auténticos comunistas contra el falso comunismo de los oportunistas ha sido permanente, inevitable e indispensable para el triunfo del proletariado.

alianzas, de los acuerdos, de los bloques con el liberalismo socialreformista en la Europa Occidental y con el reformismo liberal (demócratas-constitucionalistas) en la revolución rusa, muestra de manera convincente que estos acuerdos no hacen más que embotar la conciencia de las masas, no reforzando, sino debilitando la significación real de su lucha, uniendo a los luchadores con los elementos menos capaces de luchar, con los elementos más vacilantes y traidores. El millerandismo francés -la más grande experiencia de aplicación de la táctica política revisionista en una escala, realmente nacional- nos ha dado una valoración práctica del revisionismo, que el proletariado del mundo entero jamás olvidará.

El complemento natural de las tendencias económicas y políticas del revisionismo era su actitud ante la meta final del movimiento socialista. "El objetivo final no es nada; el movimiento lo es todo"; esta frase proverbial de Bernstein expresa la esencia del revisionismo mejor que muchas largas disertaciones. Determinar el comportamiento de un caso para otro, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo, sacrificar estos intereses cardinales en aras de las ventajas reales o supuestas del momento: esa es la política revisionista. Y de la esencia misma de esta política se deduce, con toda evidencia, que puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema un poco "nuevo", cada viraje un poco inesperado e imprevisto de los acontecimientos -aunque este viraje sólo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto-, provocará siempre, inevitablemente, esta o la otra variedad de revisionismo.

El carácter inevitable del revisionismo está condicionado por sus raíces de clase en la sociedad actual. El revisionismo es un fenómeno internacional. Para ningún socialista un poco enterado y reflexivo puede existir ni la más pequeña duda de que la relación entre los ortodoxos y los bernsteinianos en Alemania, entre los guesdistas y los jauresistas (ahora, en particular, los broussistas) en Francia, entre la Federación Socialdemócrata y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra³, entre De Brouckère y Vandervelde en Bélgica, los integralistas y los reformistas en Italia, los bolcheviques y los mencheviques en Rusia, es en todas partes, sustancialmente, una y la misma, pese a la gigantesca diversidad de las condiciones nacionales y de los factores históricos en la situación actual de todos estos países. La "división" en el seno del socialismo internacional contemporáneo se desarrolla ya, ahora, en los diversos países del mundo, esencialmente en una *misma* línea, lo cual muestra el formidable paso adelante que se ha dado en comparación con lo que ocurría hace 30 ó 40 años, cuando en los diversos países luchaban tendencias heterogéneas dentro del socialismo internacional único. Y ese "revisionismo de izquierda" que se perfila hoy en los países latinos con el nombre de "sindicalismo revolucionario", se adapta también al marxismo "enmendándolo": Labriola en Italia, Lagardelle en Francia, apelan a cada paso del Marx mal comprendido al Marx bien comprendido.

No podemos detenernos a examinar aquí el contenido ideológico de este revisionismo, que dista mucho de estar tan desarrollado como el revisionismo oportunista, y que no se ha internacionalizado, que no ha afrontado ni una sola batalla práctica importante con el partido socialista de

ningún país. Por eso, nos limitaremos a ese "revisionismo de derecha", que hemos dejado esbozado más arriba.

¿En qué estriba su carácter inevitable en la sociedad capitalista? ¿Por qué es más profundo que las diferencias debidas a las particularidades nacionales y al grado de desarrollo del capitalismo? Porque en todo país capitalista existen siempre, al lado del proletariado, extensas capas de pequeña burguesía, de pequeños propietarios. El capitalismo ha nacido y sigue naciendo, constantemente, de la pequeña producción. El capitalismo crea de nuevo, infaliblemente, toda serie de "capas medias" (apéndice de las fábricas, trabajo a domicilio, pequeños talleres diseminados por todo el país en virtud de las exigencias de la gran industria, por ejemplo de la industria de bicicletas y automóviles, etc.). Estos nuevos pequeños productores se ven nuevamente arrojados también, de modo no menos inevitable, a las filas del proletariado. Es perfectamente natural que la mentalidad



pequeñoburguesa irrumpa de nuevo, una y otra vez, en las filas de los grandes partidos obreros. Es perfectamente natural que deba suceder así, y así sucederá siempre hasta llegar a las peripecias de la revolución proletaria, pues sería un profundo error pensar que es necesario que la mayoría de la población se proletarice "por completo" para que esa revolución sea realizable. Lo que hoy vivimos con frecuencia en un plano puramente ideológico: las disputas en torno a las enmiendas teóricas hechas a Marx; lo que hoy sólo se manifiesta en la práctica a propósito de ciertos problemas parciales, aislados, del movimiento obrero, como discrepancias tácticas con los revisionistas y las escisiones sobre este terreno, lo tendrá que vivir sin falta la clase obrera, en proporciones incomparablemente mayores, cuando la revolución proletaria agudice todos los

problemas en litigio y concentre todas las diferencias en los puntos de importancia más inmediata para determinar la conducta de las masas, obligando a separar, en el fragor del combate, los enemigos de los amigos, a echar por la borda a los malos aliados, para asestar los golpes decisivos al enemigo.

La lucha ideológica del marxismo revolucionario contra el revisionismo, librada a fines del siglo XIX, no es más que el preludio de los grandes combates revolucionarios del proletariado que, pese a todas las vacilaciones y debilidades de los filisteos, avanza hacia el triunfo completo de su causa.

³ El Partido Laborista Independiente de Inglaterra fue fundado en 1893. A su cabeza figuraban James Keir, Hardie, R. Mac Donald y otros. "Aunque decía mantener su independencia política respecto a los partidos burgueses, en realidad, el Partido Laborista Independiente sólo era "independiente" del socialismo, pero muy dependiente del liberalismo" (Lenin). Durante la I Guerra Mundial (1914-1918), el Partido Laborista Independiente publicó primero un manifiesto contra la guerra (el 13 de agosto de 1914).

Luego, en febrero de 1915, en la Conferencia de Londres de socialistas de los países de la Entente, los independientes se adhirieron a la resolución socialchovinista adoptada por la conferencia. A partir de entonces, los líderes de los independientes, encubriéndose con frases pacifistas ocuparon una posición socialchovinista. Después de la fundación de la Internacional Comunista, en 1919, bajo la presión de las masas radicalizadas del partido, los líderes del Partido Laborista Independiente tomaron el acuerdo de abandonar la II Internacional. En 1921, los independientes ingresaron en la llamada Internacional II y media, y después de la disgregación de ésta volvieron a ingresar en la II Internacional. En 1921, el ala izquierda del Partido Laborista Independiente de Inglaterra se separó de éste y entró en el partido Comunista de Gran Bretaña.